

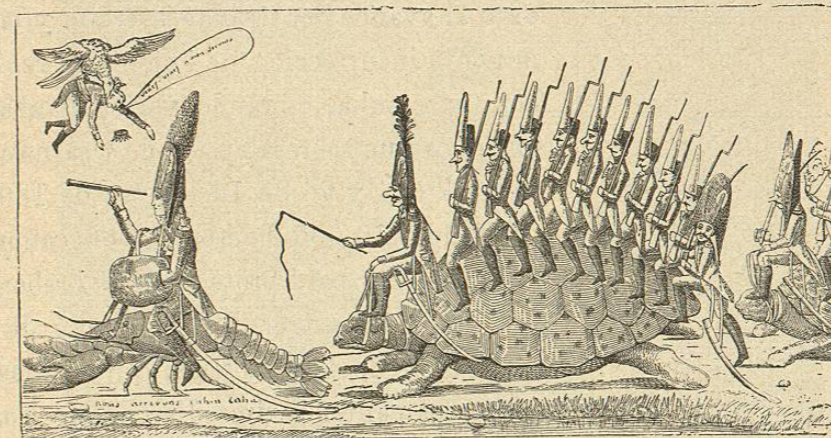
cargó á Mortier la ejecución de su mandato. Éste, pues, invadió sus Estados, licenció sus ejércitos y ocupó las plazas fuertes, y reunido con Luis, rey de Holanda, se apoderaron de Hanover, ocupando también Hamburgo y todo el Mecklemburgo. El Elector de Sajonia se había apresurado á firmar la paz con Napoleón, quien le aseguró su trono (11 de Noviembre de 1806). Las fuerzas de Baviera y de Wurtemberg, al mando de Jerónimo Bonaparte, marcharon sobre Dresde y desde allí hacia el Oder y conquistaron la Silesia, mientras Davout se apoderaba de Custrin y Augereau de Franckfort. Quedó también invadida la Polonia prusiana, y Federico Guillermo huyó á Königsberg con 15.000 hombres, únicos restos de su célebre y orgulloso ejército.

Nada tendría de particular que 160.000 franceses, veteranos en la guerra, hubiesen derrotado á 160.000 prusianos. «Pero es un hecho verdaderamente admirable, — dice M. Thiers, — esta marcha oblicua del ejército francés, combinada de tal suerte que las tropas prusianas, separadas constantemente de su centro y tras una retirada de más de doscientas leguas, desde Hof á Stettin, no pudiesen llegar al Oder hasta el preciso día en que había sido ocupado y quedasen deshechas ó prisioneras, y que en un mes el rey de un gran Estado, segundo sucesor de Federico el Grande, perdiese su ejército y su reino. Y, agrega el historiador, no se trataba de macedonios combatiendo contra persas, sino de un ejército europeo que derrota á otro europeo, ambos instruidos y valientes.»

Aun prescindiendo del talento militar de Napoleón, los oficiales prusianos, nobles todos ellos, veíanse por fin obligados á reconocer que el soldado francés tenía una fuerza nacida, no sólo de su físico, sino de su organización social, que el soldado prusiano, por valiente y disciplinado que fuese, no poseía en modo alguno. Curioso testimonio de esto son las cartas encontradas entre los bagajes del enemigo que cayeron en poder de los franceses. Un oficial prusiano escribía á su familia: «Si tuviésemos que luchar mano á mano con los franceses saldríamos siempre vencedores; son de baja estatura, desmedrados. Uno solo de nuestros alemanes necesitaría cuatro, pero en el fuego se convierten en verdaderos diablos: son presa de un ardor y un entusiasmo que nuestros soldados desconocen por completo. ¿Qué queréis

que hagamos con nuestros infelices paisanos, guiados al combate por aristócratas, cuyos peligros comparten sin participar nunca de sus entusiasmos ni de sus recompensas?» Refiérese á este propósito que el mariscal Augereau, con la sorpresa que es de suponer, encontró entre los prisioneros, con el mismo grado todavía, al capitán y al sargento primero de la compañía del regimiento del Príncipe de Prusia, en la cual había servido como soldado algunos años antes de la Revolución.

Antes de salir de Berlín para dirigirse al nuevo teatro de la guerra, Napoleón respondió á las recientes vejaciones de Inglaterra



Marcha precipitada del ejército ruso corriendo en socorro de los prusianos. (Caricatura de la época)

contra las marinas de las naciones europeas con el famoso decreto del *Bloqueo continental*, cerrando á los buques y al comercio británicos todos los puertos del continente (21 de Noviembre de 1806). Se ve, por consiguiente, que aun después del extraordinario éxito obtenido en la guerra contra Alemania y cuando se preparaba á atacar al coloso del Norte, Napoleón, en el fondo, sólo pensaba en herir á Inglaterra y devolver á Francia su poder marítimo. Esta idea le obsesionaba, y la manifiesta aun á pesar suyo en ocasiones en que menos era de esperar. Recordóla así en unas frases de su proclama del 2 de Diciembre de 1806, en la que anuncia á sus tropas que iban á partir al encuentro de los Rusos, «que se vanaglorian de venir contra nosotros, ahorrándoles la mitad del camino.»

«Soldados, decía, no pondremos las armas hasta que la paz general haya

afirmado y asegurado el predominio de nuestros aliados y haya devuelto á nuestro comercio la libertad y las colonias. Sobre el Elba y el Oder hemos conquistado Pondichery, nuestras factorías de Indias, el cabo de Buena Esperanza y las colonias españolas. ¿En qué fundan los Rusos sus pretensiones? ¿Qué motivo tienen para oponerse á tan justas empresas? Tanto ellos como nosotros, ¿no somos, acaso, los soldados de Austerlitz?»

Los Rusos se habían apoderado de Varsovia, entonces ciudad prusiana, pero fueron arrojados de ella por Murat, Davout y Lannes. Mandábalos el alemán Benningsen, general instruido y dotado de una energía á toda prueba. Tenía éste 60.000 hombres á sus órdenes, y



Benningsen

ante el avance del Grande-Ejército y la inminente insurrección de Polonia se replegó por Ostrolenka, librando varios combates, entre los que sobresalen los de Czarnowo y Pultusk (24 y 26 de Diciembre de 1806), perdiendo 10.000 hombres y 80 cañones, hacia el Aller para proteger Königsberg.

La mala estación y el estado de los caminos y de las llanuras, convertidas en inmensos pantanos, impidieron que Napoleón pudiese perseguirle. «La arena cedía bajo nuestros pies y el agua cubría la arena, de manera que nos hundíamos hasta la rodilla, cuenta el capitán Coignet. Necesitábamos atarnos los zapatos con cuerdas al tobillo, pero al sacar las piernas de esta arena movediza se rompían y quedaban los zapatos incrustados en el lodo. Muchas veces era preciso cogerse la pierna trasera con ambas manos, arrancarla del suelo como una zanahoria y adelantarla, y repetir con la otra la misma operación, llevando el fusil á la bandolera para poder utilizar los brazos. Esta maniobra hubo de repetirse constantemente durante dos días. Los soldados veteranos empezaban á desfallecer, y hubo algunos que se suicidaron víctimas de la excitación producida por tantos sufrimientos; tuvimos sesenta y dos bajas en el transcurso de dos días, hasta llegar á Pultusk; allí nos dieron el dictado de *gruñones*, nombre que se ha hecho célebre y que nos honra en la actualidad.»

El Grande-Ejército tomó, pues, sus cuarteles de invierno. Ney

y Bernadotte se acantonaron en las cercanías de Elbing, protegiendo á Lefebvre, que estaba sitiando á Dantzig; Soult y Augereau, en el centro, se extendían desde Varsovia á Pultusk; y Murat, Davout y Lannes, sobre el Bug, formaban la derecha. La vida de las tropas se hizo difícilísima en un país naturalmente pobre; el Emperador compartía la miseria de sus soldados y «llevaba la tripa vacía como los demás,» dice Coignet. Según el testimonio de Talleyrand, reco-



«¡Después de vos, Señor!» (De una litografía de Charlet)

gido por el príncipe de Ligne, nunca Napoleón fué tan grande como en Osterode, donde tenía su cuartel general y «en donde sólo comía cangrejos pasados, habitando en una mala casucha, rodeado de hombres y caballos muertos; siéndole todo contrario, hasta su propio ejército, pero impertérrito ante tantos y tales sufrimientos, pues había jurado resistirlos todos para humillar á Rusia.» El duque de Rovigo refiere en sus *Memorias* que uno de los días más crudos se acercó al Emperador uno de sus *gruñones* y le dijo: «Precisa que os hayáis vuelto loco para traernos sin pan por estos andurriales. — Sólo os pido cuatro días de paciencia, — le respondió Napoleón, — y quedaréis acantonados. — Bueno, pasemos por los cuatro días; pero cumplid

vuestra promesa, pues de lo contrario nos acantonaremos nosotros mismos.»

El enemigo se encargó pronto de sacarles de sus cuarteles de invierno. Benningsen, en efecto, concibió el atrevido plan de cortar el ala izquierda del Grande-Ejército, pasando por entre los cuerpos de Bernadotte y de Ney, derrotándolos uno tras otro y, después de levantar el sitio de Dantzig, llevar la guerra al Brandeburgo, á espaldas de Napoleón. La obstinada resistencia de Bernadotte en Osterode y en Mohrungen dió al Emperador tiempo suficiente para acudir en su auxilio, y á semejanza de lo que había hecho en Italia contra Wurmser, volvió entonces contra Benningsen su propio plan. Una parte del ejército francés, oponiendo una resistencia formal, debía arrastrar á Benningsen en su persecución, mientras que él mismo, con el resto de sus fuerzas, le atacaría por el flanco, separándole de su base de operaciones. Benningsen iba á caer, pues, en el propio lazo que tendiera, iba á ser envuelto y destrozado, cuando se apercibió del peligro que corría por un despacho oficial del enemigo, que cayó en su poder. Apresuróse á batirse en retirada, eficazmente protegido por Bagration, que para salvarle se dejó aplastar con toda la retaguardia. Benningsen tomó posiciones en una altura próxima á Preussich-Eylau, defendiendo su frente con 250 piezas de artillería.

Napoleón, con Soult, Augereau, Murat y la guardia imperial alcanzó el 7 de Febrero. Ney iba en persecución de Lestocq, que se había separado de Benningsen, y Davout se hallaba á una jornada de distancia. La batalla fué una de las más terribles de la época; al comenzarse nevaba copiosamente, lo que impidió por largo rato á ambos adversarios conocer bien sus respectivas posiciones. Al aclararse el día, Augereau se encontró á unos cien pasos del centro ruso y de una batería de 70 cañones que le protegía; ametrallado furiosamente, perdió en un cuarto de hora 5.200 hombres, y la infantería rusa llegó á penetrar en el cementerio de Eylau, donde se hallaba Napoleón, quien llamó en el acto á Murat y le dijo: «¿Acaso permitirás que estos hombres se nos coman aquí mismo?» Reunió éste 80 escuadrones, y dió con ellos una carga tal, la más célebre de estas campañas, que destrozó completamente las dos primeras líneas del

centro ruso, pero también á costa de la vida de los generales Hautpoul y Corbineau. La batalla prosiguió, jugando sólo la artillería, sin inclinarse á favor de los Franceses hasta la llegada de Davout, que hacia el mediodía cayó sobre el ala izquierda de los Rusos, rechazándola y arrojándola sobre el centro. Las fuerzas prusianas de Lestocq, escapando á la persecución de Ney, llegaron también al campo de batalla, en número de 10.000 hombres, para apoyar la derecha rusa;



¡Atrás! (De una litografía de Charlet)

pero Ney las seguía de cerca y cargó muy luego sobre esta ala de los Rusos con el mismo ímpetu que Davout. Eran en este momento las nueve y media de la noche, y el ataque de Ney tuvo lugar en la obscuridad más profunda. Benningsen tenía 26.000 hombres fuera de combate y siete generales heridos, entre ellos Doctoroff y Barclay de Tolly, por lo que se decidió á batirse en retirada, dejando en poder de los Franceses 4.000 heridos, 54 cañones y 16 banderas; éstos tuvieron 3.000 muertos y 7.000 heridos, pérdida muy inferior á la del ejército ruso, pero esto no constituía un éxito como los que acostumbraba á obtener Napoleón, y la victoria estuvo indecisa hasta el último momento. «La fortuna, — dice M. Rambaud, — se cuidaba